

lorada como la púrpura y movió la cabeza con incredulidad.

Los que pasaban se detenían para mirarla.

Algunos se sonreían.

Evidentemente para ellos, entre aquellos dos seres hermosos y jóvenes, pero de condición tan diferente, de lo que se trataba era de una venta cuyo precio se discutía.

No había que dudarlo.

—Marchaos—dijo Aurora—os lo suplico.

—Perjudico vuestra fama y os quito venta, ¿no es así?

—¡Ya lo veis!

—Asusto á los clientes...; ¿pero eso qué importa?

—¿Como que qué importa?

Repitió en broma:

—¡Yo reparo!

—¿Podríaís?

—Hablemos seriamente. Tengo prisa.

—¡Vos!

—Yo.

—¿A causa?...

—Salgo para Niza hoy mismo.

—¿Por mucho tiempo?

—Demasiado.

—¿Por qué demasiado?

—Porque estaré privado del placer de veros hasta dentro de unos días. ¿Dónde vivís?

—En una pobre casa.

—¿De que calle?

—No quiero decíroslo.

—Sin embargo, es preciso que yo os vea.

—¿Es necesario?

—Seguramente. Además, tan luego como regrese me ocuparé de buscaros esa colocación

que en vano habeis pretendido encontrar.

—¡Oh! ¡si lo conseguiseis!—exclamó en un arranque de alegría.

—Tal vez ¿Estareis aquí algunos dias?

—Es probable. Además—añadió reflexionando—aquí vereis siempre á la señora Simonet, que es á quien estoy reemplazando. Somos vecinas.

—Bueno.

—¡Ahora, iros!

El marqués suspiró.

—Puesto que vos lo queréis dijo—pero si supieseis lo que me cuesta.

Se inclinó por última vez hasta tocarla y murmuró:

—¡Cuanto voy á pensar en vos! Esto será siempre una dicha, ¡pero no tan grande como la veros! Francamente sois demasiado hermosa para permanecer aquí.

Bruscamente la volvió la espalda como si hubiera temido decir demasiado.

Y mientras que se alejaba de prisa iba diciendo:

—Porque no somos de la misma esfera. ¡Y porque me está prohibido amarla!

## XV

## ¡Sorpresas!

Eran poco más de las seis y media.

La habitación de Magdalena de Arvil estaba completamente á oscuras.

Una agradable temperatura contrastaba con la del exterior.

Brígida puso sobre la chimenea una gran



lámpara cubierta por una pantalla de encajes.

Su ama estaba muellemente sentada cerca de la chimenea en una ancha butaca.

El terciopelo del peinador que la envolvía, negro y tan flexible como el satén, ponía de relieve la luminosa blancura de su cara y de su cuello.

Sus facciones no tenían una arruga, el brillo de sus ojos era siempre el mismo.

Únicamente el amargo pliegue de sus labios, antes tan rientes, revelaba la existencia del dolor que la atormentaba sin ceder jamás.

—¿De modo que deciais, coronel?...—repuso después de un silencio.

En la butaca situada enfrente de la que ocupaba Magdalena, del otro lado de la chimenea, hubo un movimiento, y una voz de hombre hizo oír una especie de rugido.

—¡Hum! ¡Hum!

Una cabeza que se irguió bajo la luz de la lámpara, una frente que ostentaba una honrosa cicatriz, que iba á parar sobre la ceja izquierda desde la parte alta del lado derecho, avanzó hacia la chimenea, dominando un busto encerrado en una amplia levita completamente abrochada.

Bajo aquella frente habia dos ojos gris claro, muy vivos, una nariz recta y un bigote un poco más oscuro que los cabellos, casi blancos, cortados al rape.

Aquella cabeza de militar conservaba, fuera la que quisiera la edad de aquel á quien pertenecía, una apariéncia juvenil y vigorosa.

Aquel oficial retirado desde hacía muchos años, y que habia vuelto al servicio temporal durante la campaña de 1870, se llamaba el con-

de de Brancurt. Era hermano de la señora de Bures, tío del infortunado Roberto de Bures, que se habia suicidado en el hotel de Belvedere, en Lugano, después de haber legado toda su fortuna á la criatura que naciera de su prometida.

A consecuencia de aquel trágico acontecimiento, que habia sumergido al conde de Brancur en un duelo irremediable, se hubiera creído que hubiera roto para siempre con la que habia sido la causa; que hubiera evitado su presencia y buscado en otra parte afectos que le consolaran de una pérdida tal y que no hubiesen faltado á un hombre joven aún, rico y respetado por todos.

El conde comprendió que Magdalena de Arvil, á quien él conocia desde niña, no podia ser culpable.

En lugar de alejarse, cumplió los deseos de su sobrino: rodeó á la desgraciada joven de cuidados; quiso conocer la verdad, y la arrancó sin trabajo á aquel corazón enfermo, desgarrado por tantas heridas.

Después no habia pasado jamás un solo día sin que el coronel fuese á acompañar á su amiga, al menos durante algunas horas.

A la pregunta de la señorita de Arvil contestó con una especie de mal humor:

—¡Eh! ¿para qué volver sobre ese asunto? Yo digo que la situación es la misma, que no estamos más avanzados que el primer día. En cuanto á mí, querida niña, hace mucho tiempo que tengo mi idea fija. Yo conocía á vuestra madre; era muy buena mujer; el dinero la importaba poco; era incapaz de escatimarle cuando se trataba de una buena obra ó de un de-



ber. En este asunto tenía uno indiscutible que cumplir: no podía abandonar al pequeño ser que el azar había puesto bajo su custodia. ¡No lo hizo!

El coronel pronunció estas palabras, una á una, con energía.

Después continuó:

—Por el contrario, no hubiera dejado de asegurar su porvenir. El terrible accidente en que perdió la vida la impidió cumplir su misión hasta el fin. Seguro de la impunidad, sabiendo que muerta la condesa, no existen pruebas del depósito que debió confiar á un miserable, ese miserable á quien también confió vuestra hija, se ha apoderado de ese depósito. De ahí el silencio, que de otra manera sería inexplicable. Para mí ha habido abuso de confianza; pero ¿quién lo ha cometido? Esto es lo que no descubriremos jamás, creo yo.

Y añadió:

—Hemos hecho lo que hemos podido... Al menos es un consuelo... ¿Pero cómo creer en estos tiempos de progreso, con telégrafo, teléfono, vapor y demás adelantos, no se pueda descubrir una niña en un país como Francia, tan pequeño, que se puede recorrer de un extremo á otro en cuarenta y ocho horas? ¡Esto es desesperante, seguramente, pero no hay más remedio que conformarse!... ¡No hablemos más de ello!

—Sí, sigamos hablando, coronel, os lo suplico.

—¿Por qué obstinarse en martirizaros? Hablemos de otra cosa. ¿Qué es de vuestra amiga?

—¿La señora Chagny?

—No tenéis otra...

—Anoche ha estado conmigo largo rato... Está aburrida...

—La sucede como á otras muchas... ¡Siente un vacío en el corazón y tiene aspiraciones románticas! Esto es raro... nunca lo hubiera yo creído... pero su marido...

—Comprendido.

—Sí, es un ser que no puedo soportar. ¡Hombre de estos tiempos, que sólo vive para los números, para el dinero, para los negocios; una máquina para triturar á las gentes y extraer su sustancia! ¡No comprendo que una mujer inteligente haya podido chiflarse por semejante hombre, sin ninguna creencia, que se burla de todo, incapaz de un sentimiento generoso y de un carácter insoportable! ¡He aquí el tipo! ¡Vaya un martirio! Y á pesar de esto, es un hombre de talento, maquiavélicamente fino... ¿Cómo pueden arreglarse para vivir juntos?

—No la molesta... Se entienden bastante bien.

—¿Entonces qué tiene?

—No lo dice... Acaso disgustos á causa de su vida, que hubiera podido emplearse mejor...

—¡Oh! sí. Como la vuestra, mi pobre Magdalena; pero al menos no ha sido por vuestra culpa.

Magdalena bajó la cabeza.

Gruesas lágrimas brillaron en sus ojos.

—Pero no lloreis, hija mía—dijo el coronel impaciente.

—¿Qué quereis? Esto me domina... No puedo desecharlo de mi imaginación.

El coronel se levantó.

Se conservaba todavía muy derecho y su paso era seguro.



Tenía cerca de sesenta años y nadie le hubiera supuesto más de cincuenta.

Dió algunos pasos por la habitación con las manos á la espalda y la frente plegada, repitiendo con disgusto:

—¡Caramba! ¡Caramba!

Oía sollozos; veía, al volverse hacia Magdalena, que su pecho se henchía.

—¡Otro llanto! ¿Esto no va á concluir nunca?

Magdalena murmuró:

—¡Nunca!

Entonces se acercó á ella. Se puso de codos sobre el respaldo de su butaca; se inclinó hacia sus soberbios cabellos del color de los de su hija, pero un poco más oscuros, y la dijo á media voz:

—¿Por qué no seguís mi consejo? Vuestro dolor no tiene más que un remedio y no queréis ensayarlo... ¡Casaos!

Magdalena tratando de desechar esta idea, hizo un gesto brusco y no contestó:

El coronel continuó:

—Se os encontrará un marido, uno bueno; ¡no un mocito de la indole de ese Chagny, que el diablo lleve! si no un buen muchacho que se considerará muy feliz al poder poner á vuestros pies su anegación, su amor... ¿Por qué no decir la palabra?... Yo me encargo de ello... Yo le pondré al corriente del pasado. Os amaré más, como hubiese hecho el pobre Roberto. Un hombre delicado no puede menos de compadecer á una joven como vos, la virtud misma, sobre la que tanta fatalidad ha caído.

Magdalena sacudió suavemente la cabeza, repitiendo:

—No, no puedo, amigo mio, no quiero.

El coronel insistió:

—Tendréis más hijos... Les veréis crecer... Les educaremos para hacer de ellos personas honradas... Yo les serviré de abuelo... ¡Cuando os digo que yo me encargo de todo! ¡Yo me conozco, va! Buscaré en el ejército. Hay en él buenos corazones, valientes y sencillos. Os adorarán... ¡Respondo de ello!

El coronel bajó la voz:

—No os ocultaré que esto me costará algún trabajo. Comprenderéis que no estoy viniendo aquí todos los días desde hace muy cerca de veinte años, sin haberme dicho alguna vez que tenéis un color de lirio y rosa, ojos seductores y talle de diosa... ¿Soy bastante claro, eh? Pero haré un esfuerzo... Ya he hecho más de uno en mi vida, y el asunto marchará bien. Además, si tengo algún disgusto, algún estúpido acceso de celos, estad segura de que no lo notaréis y de que pasará pronto. Si vivo todavía cuando tengáis hijos, me los llevaré á Sologne, donde les enseñaré á montar á caballo, tirar las armas, cazar... en fin, les instruiré en todos los ejercicios que disponen para la guerra al par que fortalecen... ¡Decidíos!

El coronel pudo gozar durante medio minuto de un encantador espectáculo.

Continuaba apoyado en el respaldo de la butaca de Magdalena y ésta, echándose hacia atrás, con lágrimas en los ojos y sonriéndose, balbució:

—¡Qué bueno sois, coronel!

—Lo que carece de mérito; porque, ¿quién no lo ha de ser con vos? Aceptad, pues. Vereis como tengo razón. ¿Me autorizáis?... Me pongo desde luego en campaña...



—No, no puedo.

—¿Por qué?

—Por muchas razones.

—Decidme una de ellas.

—¡Aunque no fuera más que por no disgustaros!

—¿A mí?...

—A vos, que me habéis hecho la vida soportable durante tanto tiempo...

—Halagüeño es lo que decís, pero no basta.

—Y, además, ya veis; me habláis de hijos, coronel. ¿Creéis que yo podría tener uno sobre mis rodillas sin pensar en seguida en la otra, en la desterrada, en mi hija, en fin; esa hija por quien lloro día y noche, rogando á Dios que la vuelva á mis brazos?... ¿Qué he hecho yo para que no me escuche?... Si no quiere tener compasión de mí, vuestra amistad tan tierna, tan decidida y tan buena me basta!... No pido más. Amé una vez, coronel... sí, amé mucho á Roberto... murió... no querré ya á nadie más... que á vos...

—Puesto que eso no os conviene, no hablemos más de ello...

—¡Esperemos!

El coronel no contestó.

Se apoderó de la mano izquierda de Magdalena y la llevó á sus labios.

—¡Pobre mártir!—murmuró.

Y volvió á pasear por la habitación, pensando en lo inútiles que habían sido cuantas gestiones se habían hecho para encontrar las huellas de la criatura nacida en la villa Milton.

Ni las inserciones en los periódicos, ni las pesquisas de la policía habían dado resultado alguno.

Quando después de la guerra se habló de la desaparición de la hija de Magdalena, los Charvarux ni leían periódicos, ni se ocupaban de otra cosa que de sus labores; así es que no llegaron á noticia de ellos las pesquisas que para encontrarla se hacían.

El único que hubiera podido sacar á aquella desgraciada madre de la angustia en que se encontraba era el notario Pilet-Desbuttes; pero este viejo avaro, temiendo perder el depósito que en él había hecho la señora de Arvil al confiarle la niña, se guardó muy bien de decir la más mínima palabra que pudiera venderle.

Así era que, para el coronel, la hija de Magdalena había muerto.

Pero no se atrevía á arrancar del corazón de la madre la suprema esperanza que en él abrigaba.

El coronel miró su reloj.

Y aproximándose á ella, la dijo sonriendo.

—Se acerca la hora de comer y os dejo.

Magdalena le miró con ojos suplicante.

—Si me atreviese os rogaría que me acompañarais á comer.

—Atreveos.

—Es que temo aburrirlos.

—¡Aburrirme! Pero criatura, si no tengo más felicidad que la de veros.

—¿De modo que consentís?

—Con mucho gusto.

Magdalena hizo ademán de llamar.

Pero no tuvo tiempo de coger el cordón de la campanilla.

Llamaron suavemente á la puerta.

Brígida entró.

VERSUCHT FLEISCH LEON  
 AL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
 Y ESTADÍSTICAS DE LA  
 UNIVERSIDAD DE MADRID  
 No. 1123-1124



El coronel, deteniéndola y dándole una palmadita en las mejillas, preguntó:

—¿Cómo te va niña?...

—Bien, señor coronel.

El tono de la doncella desmentía sus palabras.

Brígida parecía muy agitada. Su rostro estaba como una amapola.

Su emoción era tan visible, que el coronel preguntó:

—¿Qué ocurre?... ¿Alguna desgracia?

Brígida contestó con trabajo, dejando un intervalo entre sus palabras:

—Ahí está una persona que desea hablar á la señorita. Me he negado á anunciarla. Esta persona ha insistido y vengo...

Se detuvo sofocada.

Y tomando aliento, añadió:

—Lo diré desde luego... Esta persona es el señor Fugeret.

—¡El!—exclamó Magdalena.

—Dice que tiene cosas muy graves que comunicar á la señorita y que espera que no tendrá la crueldad de rehusar escucharle... Lo repito, he tratado de...

—¡Está bien!

El coronel estaba pensativo.

Magdalena parecía indecisa.

—¿No vais á recibirle?—preguntó el coronel.

Magdalena se decidió.

—¡Pues bien, sí!—dijo.—Prefiero concluir en seguida...

—¿Lo creéis así?

—Sí.

—¿Entonces os dejo?

—No... La entrevista será corta.

Indicó el gabinete contiguo á su habitación y dijo:

—Le recibiré ahí; vos quedaos aquí. No nos separará más que una simple colgadura.

—Pero...

—Yo lo quiero.

Y dirigiéndose á Brígida, la ordenó con voz irritada:

—¡Que suba!

Se envolvió en su peinador de terciopelo negro, pasó á su tocador, y después de lavarse los ojos para borrar las huellas de sus lágrimas, volvió adonde estaba el coronel, y le dijo:

—No me abandonéis, sobre todo.

Y tranquila en apariencia, pero con el corazón palpitante, levantó la colgadura del gabinete, que dejó caer otra vez detrás de ella.

## XVI

### Criminal y víctima.

El general entró guiado por Brígida, que le dejó solo en medio del magnífico salón.

Este salón y su habitación eran los únicos sitios en que Magdalena se encontraba á gusto.

Allí pasaba las tres cuartas partes de su vida.

Los primeros objetos que llamaron la atención de Jaime Fugeret fueron dos magníficos cuadros.

El uno era el retrato de la condesa de Arvil á los treinta años, en todo el esplendor de su